# A ojos cerrados

G. Bilbao

# Capítulo 1

A OJOS CERRADOS

Una noche más de sueños vívidos, llenos de imágenes recurrentes de ciudades que le parecían formadas por trozos de las que conocía, donde multitud de personas y seres sin rostro definido se entremezclaban en un vaivén de ropajes multicolores, por calles a rebosar de mercaderías. Ella caminaba con determinación, consciente de un destino concreto que parecía no alcanzar nunca, trazando un itinerario que cambiaba de manera sutil cada vez. Podía percibir como el ruido de sus pasos cambiaba de los adoquines grises al barro seco, de la arena apelmazada al grijo, en alguna ocasión incluso de pétalos de flores a mullidas alfombras exóticas. De la luz que variaba al girar una esquina y la envolvía en la calidez de un amanecer tras transitar por la penumbra. Un panorama cambiante habitado por un caos vivo y acogedor por el que se movía sin miedo alguno. En aquella visita, parecía que una puerta azul indicaba por fin la llegada a destino, estiró el índice con una sonrisa de triunfo y… una bien conocida serie de pitidos la hizo temblar y desaparecer de su vista, para enfrentarse a la luz de la mañana y los números verdes que parpadeaban en su mesilla de noche. Volvió a cerrar los ojos y cubrió la cabeza con la almohada aún aturdida por el repentino regreso de su viaje. La puerta no volvió, pero una súbita consciencia la hizo saltar de la cama poco después. Eran las 8:48 y más le valía correr si no quería llegar tarde a la entrevista en la Universidad.

Como todas las mañanas, parecía que la ciudad se ponía de acuerdo para llegar al metro, y esquivó con destreza a hombres de traje, estudiantes, repartidores de periódicos, y mujeres atareadas con altos tacones que se movían deprisa hacia la entrada de la líneas 3 y 7. Casi sin aliento tras un desesperado intento de subir a aquel tren, los carteles luminosos parpadearon y la megafonía anunció la suspensión de servicios por un problema que no alcanzó a entender, desesperada por enterarse de la alternativa para llegar a tiempo. Ponían a disposición de los viajeros las líneas 4 y 8 que harían paradas excepcionales lo más próximas a destino. Miró su reloj y con un rápido cálculo giró hacia las escaleras camino de la línea alternativa. No supondría más de cinco minutos de diferencia y, por suerte, aún tenía tiempo. Una vez controlado el pequeño episodio de pánico, podía relajarse en su asiento. Respiró hondo con tranquilidad y apoyó la cabeza contra el cristal de la ventanilla, observando al resto de viajeros . Al fondo, un chico alto y delgado leía un cómic agarrado a la barra superior, dejándose llevar suavemente por el movimiento del vagón. Enfrente, una gran portada de colores vibrantes anunciaba 48 horas sin olor corporal, ocultando el rostro de la mujer con zapatos rojos que sostenía la revista. Un hombre con gorra miraba vídeos en su teléfono

móvil y reía para sí, divertido. Ella comprobó el avance del trayecto y decidió que podía dormitar gracias a su bien adiestrado oído tras tantas mañanas de metro, capaz de reaccionar ante cualquier aviso de parada. Dejándose mecer por aquel traqueteo familiar, no tardó en relajarse de tal manera que aquella puerta azul volvió a aparecer ante sus ojos, con el timbre tentador al alcance de su dedo. Esta vez lo pulsó, haciéndole llegar el sonido delicado de una campana y a la espera de resolver qué había tras aquella entrada. Poco después, una sonriente mujer con vivaces ojos castaños la hizo pasar con amabilidad y la animó a seguirla por un luminoso pasillo que parecía ser más extenso a cada paso.

- Bienvenida. Espero que hayas disfrutado del paseo por nuestra hermosa ciudad. Es un lugar especial ¿verdad? Todo el mundo se siente como si ya nos hubiesen visitado antes…

- Es un sitio muy acogedor.

La mujer asintió satisfecha y la acompañó hasta un pequeño espacio, donde cuatro puertas alternaban con un hermoso papel pintado de motivos vegetales que atrapaban la vista de inmediato. Iba a hacer un comentario de admiración al respecto, cuando se percató de que estaba sola. No había rastro de la amable mujer, ni del pasillo que habían atravesado, pero tampoco de temor, así que observó las puertas idénticas y giró el pomo de la cuarta. Un nuevo pasillo se abrió ante ella, y notó fascinada que una luz natural invadía todo el recorrido aún en ausencia de ventanas de cualquier tipo. Sus pasos eran silenciosos, amortiguados por una mullida alfombra con motivos geométricos donde se repetía armoniosamente el símbolo del infinito, o quizá el número ocho, y la hacía avanzar con una ligereza que parecía mecánica. Se encontró cara a cara con una puerta doble de hermosa madera rojiza que interrumpió su avance y motivó su curiosidad, pero nada ocurrió al girar el pomo. Se dio cuenta con una sonrisa que quizá la intriga le hacía olvidar los principios de educación más básicos, así que llamó con los nudillos un par de veces y esperó. Nada. Un nuevo par de golpes y, tras un instante, creyó oír unos pasos enérgicos acercándose. En efecto, un hombre de mediana edad y aspecto elegante apareció en el umbral. Su mirada la escrutaba tras la montura metálica de las gafas con gesto amistoso y se hizo a un lado para invitarla a pasar. Ella aceptó con una inconsciente inclinación de cabeza motivada por el aura distinguida de su anfitrión y en cuanto levantó la vista, se vio invadida por una mezcla de asombro y emoción. La habitación en que se encontraban tenía unas dimensiones que la convertían en sala, y estaba completamente cubierta por estanterías a rebosar de ordenados volúmenes que alcanzaban el alto techo. Sin poder evitarlo, caminó entre aquellos muros maravillada, deslizando con sumo respeto las puntas de los dedos por algunos de los libros y dejando vagar la vista por aquel cúmulo de conocimiento que la envolvía con aromas de cuero y cera de abejas. Distraída, había perdido a su anfitrión de vista pero se dio cuenta del curioso hecho de que volvía a verlo cada vez que

doblaba la esquina, observándola satisfecho con las manos tras la espalda. Tras percatarse de aquella peculiaridad, también fue consciente de que su tránsito entre las librerías le había guiado en todo momento hacia un tomo concreto de lomo azul, que parecía repetirse una y otra vez a la altura de sus ojos, destacado entre la larga fila de volúmenes. Quizá fuese una señal, o tan sólo fatiga visual tras aquel despliegue. Lo consideró un hecho casual y se acercó al hombre de gafas que seguía sonriendo, ahora más abiertamente.

- Jamás había visto un sitio como este… ni siquiera pensé que pudiese existir.

El hombre asintió.

- Quizá sólo exista aquí…

Por un momento, su voz jovial bien modulada le resultó familiar . Pero nunca le había visto…Quizá se parecía a la de algún conocido. Continuó recorriendo la sala con la vista y le pareció más pequeña, como si hubiese menguado en el rato que llevaba allí, alcanzando las dimensiones de una muy bien surtida biblioteca en un museo o universidad. Aún así, seguía siendo impresionante.

- ¿Y qué lugar es este exactamente?

El hombre elegante la miró con la expresión satisfecha de quien esperaba esa pregunta.

- Más bien es un concepto. Un compendio de mensajes hechos llegar por diversos medios, un flujo de imágenes e ideas vinculadas a una meta. Pero no me negarás que el paseo merece la pena ¿verdad?

Ella asintió complacida.

- Claro que la merece… en fin, señorita. Volveremos a vernos. Mientras tanto, fluya. Hasta la…

"¡Próxima parada :Universidad! Recuerden tomar sus pertenencias! "Se sobresaltó al oír la voz distorsionada que anunciaba el fin de su trayecto, golpeando el cristal de la ventanilla con la cabeza. Se levantó alisándose la gabardina con las manos y se unió a la multitud que caminaba hacia la salida entre murmullos de conversaciones y avisos por megafonía.

El distrito de la Universidad estaba en la parte vieja de la ciudad, y mantenía la distribución original de los edificios. Pulcros y cuidados, equilibrados en estilo y altura, simbolizaba un pasado lejos del caos urbanístico posterior y siempre le había parecido un oasis. Consultó la agenda en su teléfono con un rápido gesto y comprobó que el

Departamento de Lenguas y Culturas Antiguas estaba en la parte norte del campus en el que se encontraba. Ahora comenzaba a sentirse algo nerviosa ante la inminente entrevista para la plaza de investigadora, pero inspiró hondo y cruzó a paso ligero el camino de gravilla flanqueado por árboles centenarios hasta encontrarse ante el imponente edificio de líneas depuradas que albergaba su destino. Nada más atravesar la puerta, su nerviosismo se disipó y comenzó a sentirse cómoda y confiada a la vez que sorprendida. Quizá la agradable iluminación de estilo natural contribuía a ello, o un suave aroma de lo que parecía cera de abeja. Al fondo del recibidor, había un escritorio amplio y funcional flanqueado por dos escalinatas, donde una mujer menuda organizaba archivos de manera eficiente.

- Buenos días. Soy Victoria Soto. Estoy citada con el profesor Ochoa.

La mujer levantó la vista de sus papeles con unos vivaces ojos castaños fijos en ella, sonrieOcho

- ¡Bienvenida, Doctora Soto! El profesor la recibirá en el piso superior. Suba por la escalera de la derecha. Departamento 4.

- Muchas gracias.

Mientras subía los escalones cubiertos con una bien cuidada alfombra con motivos geométricos, sonreía para si, divertida, con la sensación de haber vivido todo aquello antes.

El departamento 4 se encontraba al final del pasillo, y justo a su llegada, otro candidato al puesto salía con la vista baja murmurando entre dientes algo acerca de la falta de seriedad, y la evitó con un saludo escueto. Esperó unos instantes ante la pulida puerta de doble hoja y golpeó educadamente con los nudillos.

- Pase por favor.

Giró el pomo y entró en el despacho donde tendría lugar la entrevista. Varias estanterías altas y repletas al frente y al lateral, algunas láminas enmarcadas de escrituras arcaicas, y al fondo una mesa atiborrada de papeles apilados y libros. Alguien estaba sentado en la confortable silla de cuero dándole la espalda y le dio la bienvenida sin volverse.

- Doctora Soto, para comenzar nuestra entrevista necesito que me acerque el "Libro de las comunicaciones oníricas ".

Aquella voz… no podía ser. Recordó la conversación telefónica citándola una semana atrás, pero había algo más. Mientras pensaba en ello, se dirigía de forma natural a la estantería que cubría en lateral del despacho, distrayéndose unos instantes con una colorida pintura indígena donde se

mezclaban personas y seres antropomorfos en un remolino de ropajes multicolores. Le pareció muy viva y hermosa… Subió un par de peldaños en la escala, deslizó la punta de los dedos por los lomos de varios volúmenes, y alcanzó sin esfuerzo un tomo azul. Volviendo al suelo, se acercó a la mesa con el libro, y la silla se giró para mostrarle a un sonriente hombre de aspecto distinguido con gafas metálicas que, tras contemplar lo que le traía y haciendo un gesto de espera, marcó un número interno en el teléfono su escritorio.

- Ya puede retirar la solicitud de empleo y anular el resto de citas programadas. La llamada y las señales encontraron a la receptora perfecta. Sí, eso es… era el 48 de la fila, ella lo sabía. Podemos seguir con las investigaciones… esto será apasionante. Gracias.

Y colgó.

- Bienvenida a bordo, Doctora Soto.

FIN